Exiliados en una Europa en llamas

Exiliados en una Europa en llamas
J. J. Vázquez Díaz

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788417988319

Maquetación, diseño y producción
© 2019 J. J. Vázquez Díaz
© 2019 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Exiliados en una Europa en llamas

J. J. Vázquez Díaz

A Quiqui con todo mi cariño
eternamente en mi recuerdo

La Guerra Civil

El 18 de julio de 1936, en plena época veraniega, se rumoreaba en Gijón que había habido una sublevación militar en África.

Estas noticias no calaban sin embargo en las gentes por imprecisión y falta adecuada de información, sobre todo, en zonas como Asturias.

Como elemento de la misma se disponía únicamente de aparatos de radio y para obtener más datos había que conectar con el extranjero, lo que era difícil para los aparatos de radio de entonces.

Aunque los acontecimientos de fechas anteriores no daban lugar para el optimismo, porque aquí nadie se salva de sus culpas, unos y otros, Frente Popular, falangistas, etc. todos tuvieron su parte de participación en actos violentos y asesinatos en Madrid y otros lugares de España.

La escasa información que llegaba a la gente les aterraba y en el ambiente se notaba que las palabras ya estaban de sobra.

Los acontecimientos se precipitaron a partir del asesinato en la puerta de su casa del teniente de la Guardia de Asalto, José Castillo el 12 de julio de este mismo año.

Al día siguiente los compañeros del teniente Castillo, en venganza por lo ocurrido, asesinan a José Calvo Sotelo. Aunque la muerte de este último hacía poco menos de un mes que estaba anunciada.

La sesión del 16 de junio de 1936 en el Congreso de los Diputados fue una de las más tensas que se recuerdan en la historia del edificio de la Carrera de San Jerónimo. El diario de sesiones de aquel día tuvo que ser modificado y se le recortaron muchas de las amenazas que se vertieron

aquel día contra los representantes de la derecha. Especialmente significativa es la que el diputado socialista y Director General de Seguridad Angel Galarza, lanzó contra el líder de la derecha José Calvo Sotelo:

—Pensando en su señoría encuentro justificado todo, incluso el atentado que le prive de la vida.

La respuesta de José Calvo Sotelo fue clara:

—Me doy por notificado de la amenaza de su señoría. Mis espaldas son anchas; yo acepto con gusto y no desdeño ninguna de las responsabilidades que se puedan derivar de los actos que yo realice. Y las responsabilidades ajenas, si son para bien de mi patria y para gloria de España, las acepto también. ¡Pues no faltaba más! Yo os digo lo que Santo Domingo de Silos contestó a un rey castellano

—Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis. Y es preferible morir con gloria que vivir con vilipendio".

La Pasionaria replicó enfurecida:

—Este ha sido tu último discurso.

El 13 de julio de 1936, con la oscuridad llegaron los encargados del asesinato, obedeciendo aquel mandato del terrible enunciado de La Pasionaria en el Congreso. *"Ese hombre ha hablado por última vez".*

De la camioneta de la revolución bajaron policías y civiles, pretorianos de Largo Caballero, Indalecio Prieto y Margarita Nelken, los diputados socialistas directamente involucrados con el crimen.

— ¡Policía! ¡Abran la puerta! ¡Venimos a hacer un registro!

Lo del registro era una disculpa, removieron unos libros y encontraron una bandera bicolor que rasgaron con rabia.

—Tiene que venir con nosotros a la Dirección General de Seguridad.

Los revolucionarios tienden a nombrar una institución para amparar sus acciones.

—No vayas Pepe, te van a matar—le dijo su mujer

—Se van a reír de ti, y entonces no respondo de lo que haga—le contestó el diputado al mismo tiempo que pide a su mujer que guarde silencio.

A continuación se despide de sus hijos con un beso.

Su cuerpo fue arrojado en el cementerio del Este.

Cuarenta mil personas acudieron a su entierro, y al intentar trasformar el sepelio en manifestación de protesta fueron tiroteados por la fuerza pública, resultando cinco muertos, decenas de heridos y el arresto de los policías que se quejaron de la desproporcionada represión.

Estos acontecimientos me sorprendieron en Gijón cuando estaba disfrutando de mi permiso de verano. Mis padres tenían su casa en Luanco, lugar del que procedía toda mi familia, ellos se encontraban en Madrid desde hacía varios años y yo estaba destinado en la Fábrica de Armas de Oviedo.

Estudié el bachillerato junto con mi amigo de la infancia Juan Alvarez como internos en el Colegio de San Luis de Pravia y aprobándolo en el Instituto Jovellanos de Gijón.

Años más tarde coincidieron nuestras familias en Madrid, en la Avenida Reina Victoria, donde pasamos nuestra juventud. Juan se decidió por los estudios de derecho y yo por la ingeniería industrial.

Como militar de carrera e ingeniero industrial estaba destinado en la Fábrica de Armas de Oviedo, el destino que siempre había añorado, después de frecuentar muy brevemente, diversas guarniciones en la Península y Marruecos.

Los estudios en las Academias Militares no eran suficientes para que estos mismos militares condujesen la guerra. Estos estudios eran diferentes según la Academia. En la Academia de Infantería de Toledo salían alféreces a los 3 años (equivalente a una carrera media) así como en Caballería de Valladolid e Intendencia de Avila.

En Artillería de Segovia se necesitaban 5 años y salían con el título de Ingenieros Industriales, así como en Ingenieros en Guadalajara que salían también con 5 años y asimilados a Ingenieros de Caminos. Parecía que salvo en estas dos últimas Academias citadas, en las restantes se estudiaba poco.

Para el Estado Mayor había que estudiar varios años en la Escuela Superior del Ejército, saliendo doctorado en Arte Militar, siendo los que mandan en el Ejército y conducen la Guerra.

Nosotros los que éramos politécnicos, teníamos dos actividades, la Militar y la de Ingeniero. En este último aspecto dirigíamos las Fábricas de Guerra, como la Fábrica de Armas de Oviedo, la de Cañones de Trubia, la Naval de Reinosa, la Fábrica de Toledo, las Maestranzas de Artillería, la Fábrica de Lugones, la de Pólvoras de Murcia, la de Palencia, el Taller de Precisión de Madrid, etc. Todo esto está ahora en manos de los Ingenieros de Armamentos.

A nosotros nadie nos preparó para una guerra.

Juan vivía en Madrid y se había desplazado a Luanco para pasar unos días en casa de sus padres, estos, al igual que los míos, llevaban también varios años instalados en Madrid cuando empezaron a ocurrir los mencionados acontecimientos que nos llevarían a una guerra civil.

Durante estos días Juan y yo pasábamos juntos bastante tiempo rememorando otros ya pasados.

El día 20 de julio se supieron más detalles, y las arengas de la Pasionaria desde el Ministerio de la Gobernación de Madrid confirmaban la existencia de algo importante.

En Gijón, la Guardia de Asalto se concentró en el Instituto de Jovellanos, que está situado en la calle del mismo nombre, y la Guardia Civil en sus cuarteles. El Regimiento de Simancas fue el primero que inició la sublevación saliendo a las calles, pero replegándose posteriormente al cuartel, al parecer, por la resistencia encontrada. En cuanto al otro Regimiento de guarnición en Gijón, el de Zapadores, se recluyó en el cuartel en actitud pasiva.

Mi amigo Juan se despidió de mí dispuesto para marchar inmediatamente para Madrid.

—Con todo este jaleo no sé cómo lo voy a conseguir, pero no tengo más remedio que recoger a mis padres y marcharnos cuanto antes hacia Madrid—las palabras de mi amigo reflejaban su angustia.

—Lo entiendo—contesté yo—no sé qué aconsejarte, sí es mejor que escojas las carreteras principales o las secundarias, no sabrás si has acertado hasta llegar a tu destino.

—En principio escogeré las carreteras principales, no tengo de que esconderme, lo que me vaya encontrando por el camino hará que tome una u otra decisión.

Nos despedimos con un abrazo.

—Te voy a pedir un favor—le dije con el corazón encogido—en lo que buenamente puedas procura estar pendiente de mis padres, yo soy militar y me tendré que presentar lo más pronto posible ante las autoridades correspondientes, no dependo de mí.

Juan se quedó unos momentos meditando.

—Deberías venir conmigo. Esto tiene muy mala pinta y no sabemos lo que va a durar y cómo acabará.

—Sabes que eso es imposible, si fuera un paisano corriente puedes estar seguro que no lo dudaría.

—Con este follón que se está liando ¿Quién crees tú que te va a pedir cuentas?

—Te agradezco tu interés por mí. No me queda más remedio que incorporarme a la fábrica de Oviedo cuanto antes y tú sabes también como yo el funcionamiento de estas cosas. No tengo otra salida.

Juan pareció entender mi situación y volvimos a abrazarnos otra vez.

Envié con él recuerdos para mis padres y rogándole que les pidiera que se cuidaran mucho.

—Da por hecho que así lo haré, estaré pendiente de ellos, tú ya sabes que nos vemos con mucha frecuencia.

Quien nos iba a decir que habrían de pasar varios años y también muchos los acontecimientos que se sucederían hasta que volviéramos de nuevo a saber el uno del otro.

Mientras tanto en Gijón, bien pronto comenzaron a movilizarse milicianos y voluntarios, principalmente de las organizaciones obreras. Se constituyen "Comités de Guerra", requisándose locales, garajes, abastecimientos, etc.

Se constituyó también la Comandancia Militar afecta el Gobierno en el cuartel de la Guardia de Asalto de la calle Jovellanos, el edificio estaba defendido por sacos terreros.

Habilitaron como cárcel la del Coto, así como un barco en el puerto de El Musel y en la iglesia de los Jesuitas, situada precisamente enfrente del cuartel de los Guardias de Asalto en la ya mencionada calle Jovellanos.

Bien pronto comenzaron a efectuar detenciones de elementos de derechas, ampliando su acción a los pueblos vecinos como Candás, Luanco, Avilés y otros.

En el monte Palomo, entre Avilés y Luanco, fueron fusilados algunos detenidos, así como también en el "muro" de la playa de Gijón.

Todos estos acontecimientos ocurrían en corto espacio de tiempo de tres días.

El terror en la ciudad estaba servido.

El 22 de julio de 1936, menos de una semana después de que Franco se hubiera alzado contra el Gobierno legítimo de la República, una escuadrilla de aviones rebeldes se desplegó sobre el cielo despejado de Gijón con el ruido de su amenaza. Había despegado sólo unos minutos antes desde su base en León, ya en manos de los militares levantados.

Hizo el trabajo con rapidez, sin oposición; una incursión que dejó, junto a los escombros y las cenizas, cuatro muertos (tres de ellos, socios del Ateneo Obrero de La Calzada) y una mujer gravemente herida.

Siete días más tarde, el crucero Almirante Cervera, uno de los buques mejor dotados de la Armada, recortó su perfil gris naval en la bahía de San Lorenzo. Los sublevados acababan de hacerse con el mando de la nave en los diques de El Ferrol, tras reducir a la tripulación mayoritariamente fiel a la legalidad republicana.

Sus ocho cañones de 152 milímetros, capaces de disparar proyectiles de hasta 45 kilogramos de peso, se ensañarían con la ciudad día y noche, hasta el 4 de agosto de aquel primer año de Guerra Civil. Otro navío, el acorazado «España», se sumaría esporádica mente a aquellos ataques.

Los gijonenses no volverían a mirar el cielo con tranquilidad en mucho tiempo, durante los quince meses que duró la contienda en el Norte, hasta la entrada de las tropas franquistas el 20 de octubre de 1937quince meses después de muerte y destrucción. Gijón fue la ciudad del norte español más largamente bombardeada. No llegó a ser arrasada como Guernica,

que se convirtió en un símbolo internacional cuando Picasso decidió hacer de aquella infamia una de las obras más tremendas de la historia de la pintura; tampoco las imágenes de sus cascotes fueron tan divulgadas como las de Oviedo, con uno de los frentes de guerra más duros, ni siquiera ha entrado en la lista de comparaciones con otras localidades asturianas, como Cangas de Onís, minuciosamente devastada por el fuego aéreo. Y, sin embargo, los gijoneses sufrieron el mismo terror, los mismos rigores, las mismas inquietudes, y con las mismas desazones que miles de víctimas sufrieron por toda la geografía española durante el tiempo que duró la contienda. Un miedo justificado que se acrecentó a partir del verano de 1937, cuando la temible y venenosa Legión Cóndor incluyó en su particular mapa de la destrucción española las coordenadas de Gijón, una ciudad que entonces tenía unas 60.000 personas (85.000 en todo el concejo) y que era retaguardia. Los ataques aéreos sobre la población y su puerto El Musel, fueron casi diarios desde la toma de Santander por el ejército sublevado.

Tras los acuerdos entre Franco, Hitler y Mussolini, la aviación nazi hizo de los cielos y las ciudades españolas el gran ensayo general para la estrategia de destrucción aérea que ejecutaría poco después en la Segunda Guerra Mundial sobre decenas de urbes europeas. Gijón fue uno de los campos de pruebas, uno de los matraces de aquel letal laboratorio.

Por primera vez en la historia se firmaron órdenes sistemáticas de bombardear a la población civil. El terror de los no combatientes se convirtió en un arma de desmoralización, en una nueva y eficaz trinchera.

Pero vayamos desgranando poco a poco los acontecimientos.

Hacia el 25 de julio el acceso a Gijón, así como la salida, era sumamente complicado, pues en las carreteras había controles de milicianos armados hasta los dientes para impedir la entrada y salida de “fascistas”.

Tuve la intención de incorporarme a mi puesto en la Fábrica de Armas de Oviedo, pero desistí de ello ante el temor de los controles de milicianos en las salidas de Gijón, por lo que se oía, el comportamiento de alguno de ellos no inspiraba mucha confianza y pudiera ser que mi situación no fuera bien entendida.

Opté por alojarme en un hotel cercano a la playa de San Lorenzo a la espera de acontecimientos y que me permitiera reincorporarme o presentarme en algún organismo ante alguna autoridad que me inspirara un mínimo de confianza, teniendo en cuenta el caos que en aquellos días imperaba en Gijón. Por supuesto que la indumentaria que llevaba puesta era de paisano.

En la ciudad, el cuartel de Simancas era objeto de intenso tiroteo, aunque no el de Zapadores que seguía sin pronunciarse.

Desde el fuerte de Santa Catalina, tiraban los milicianos con mortero contra el cuartel de Simancas, aunque con escasa eficacia.

A pesar de todo, las calles alejadas de la zona de duelo, disfrutaban de una aparente normalidad. La calle Corrida, la más típica de Gijón, tenía como siempre un animado paseo vespertino, predominando los milicianos armados.

En el club de regatas, que fue requisado por el Comité, se podía comer gratis con tal de portar un arma o ser combatiente. Desde allí salían los milicianos para atacar el cuartel y tras de disparar varios tiros, regresaban muchos de ellos al paseo peleando a su aire, parecían niños disfrutando del juguete que tenían en sus manos.

Se estableció el cuartel de milicias en el Palacio de Revillagigedo situado en el muelle de Gijón. Este Palacio llegó a ser la base de operaciones de los milicianos que operaban contra el cuartel de Simancas y más tarde contra Oviedo.

En Gijón seguían publicándose los periódicos, como El Comercio, El Noroeste y algunos más, pero el léxico empleado para fustigar a los facciosos podía llenar de rubor a cualquier carretero.

Los medios de comunicación, de una manera incesante, nos hacían ver el desastre que se estaba iniciando. Con ello sin duda nos invitaban al pesimismo. Los periódicos tienen derecho a hacerlo, pero nosotros no podemos tampoco pensar que solo son noticias para la prensa aquellos acontecimientos que se salen de la norma, y en este caso, tenían sobradas razones.

El mando gubernamental se componía de: un Jefe de Estado Mayor, un Comandante de artillería venido de Madrid, y un alemán D. Teodoro, que por lo visto había sido combatiente en la guerra del 14.

Yo soy militar, no político, había hecho un juramento por la República Española, y me veía en la obligación de cumplirlo, no lo dudé ni por un instante, supongo que para muchas personas, tomar partido por una causa u otra influirá en un alto porcentaje la carga política que cada una de estas personas tenga, en mi caso, puedo asegurar que únicamente escuché a mí conciencia y la responsabilidad que en su día asumí para con el Ejército y la República.

Me presenté ante el comandante de artillería, poniéndome a sus órdenes, para que él, como superior, fuera quien tomara la decisión de mi destino. De esta forma yo también eludía mi responsabilidad ante la situación que se había creado.

Ni siquiera me preguntó por qué había tardado tanto tiempo en presentarme en el cuartel, ni que había estado haciendo durante ese tiempo.

Me ordenó que me quedara en el cuartel, ya que él consideraba que los controles establecidos por los milicianos en las salidas de Gijón no ofrecían mucha confianza dado el comportamiento, en algunos casos bárbaros y poco edificantes por parte de los mismos. También me dijo que tenía noticias que el coronel Aranda se había unido a los sublevados y esta era una razón más que suficiente para que yo no me moviera de Gijón.

Unos días más tarde de mí presencia en el cuartel, como ya he dicho anteriormente, el crucero Almirante Cervera, recortó su perfil gris naval en la bahía de la playa de San Lorenzo.

Bombardeaban los alrededores de la Plaza de Toros, campo del Molinón y otros sitios de la ciudad como la vecindad del cuartel de Zapadores, el cual por cierto seguía en actividad pasiva.

Muchos milicianos no se explicaban la actitud de los Regimientos, ya que una acción combinada de ambas fuerzas, hubiera podido acabar rápidamente con la sublevación de Gijón según su opinión.

Era sorprendente la situación: Un Regimiento sublevado, otro pasivo, Guardia Civil acuartelada y Guardia de Asalto, la única gubernamental además de los milicianos, pero aquellos desprovistos de espíritu de lucha.

El coronel Aranda inicia desde Oviedo un ataque contra Gijón, pero al llegar a la Venta del Jamón a unos 12 kilómetros de Oviedo retrocedió nuevamente con gran sorpresa de sus oponentes.

Como ya he comentado anteriormente la aviación franquista bombardeó intensamente Gijón, estando constituida principalmente por trimotores alemanes Junker.

La población estaba empezando a notar la falta suministros de algunos alimentos y ya se veían colas en algunos establecimientos para adquirirlos.

En uno de los bombardeos sobre Gijón cayó una bomba en la cola de un economato matando a muchas personas y provocando indignación y represalias sobre los detenidos.

Yo me encontraba cerca del lugar y no lo pensé dos veces e inmediatamente me acerqué con ánimos de ayudar y socorrer a las personas que allí se encontraban en ese momento. El espectáculo era dantesco, el aire irrespirable era una mezcla de humo y polvo, escombros a un lado y otro de la calle cortando la misma, las personas heridas gritando, había cuerpos destrozados, yo al principio no sabía dónde acudir del aturdimiento que tenía, vi como un hombre trataba de reanimar a una mujer con una gran herida en la cabeza, estaban en medio de la calle, avancé unos metros más hacia el mayor montón de escombros saltando por encima de heridos y gente que ya los estaban atendiendo, sentí quejidos debajo de un gran trozo de pared y retirando algunos de los cascotes pude ver debajo el cuerpo de un hombre, sin darme cuenta me vi rodeado de unas cuantas personas que también estaban colaborando en ayudar, como pudimos sacamos al herido arrastrándolo y sacándolo de debajo del trozo de pared, tenía múltiples heridas por todo el cuerpo, cuando creíamos que habíamos terminado me tumbé en el suelo mirando debajo del trozo de pared y vi las piernas de una mujer, con mucho esfuerzo logramos sacarla pero no sirvió de nada, la mujer tenía la cabeza totalmente aplastada.

Como ya he dicho anteriormente este hecho produjo una gran indignación, una cosa era bombardear las posiciones militares y otra muy distinta aquellos lugares que se sabían que solo había civiles.

Para contrabatir al Almirante Cervera, establecieron en La Providencia un cañón del 15,24 procedente de Reinosa, y 2 piezas del 7,5 en la Campa de Torres (Musel). La pieza de la Providencia estalló a las primeras de cambio hiriendo a sus sirvientes.

Tras lo ocurrido el comandante ordenó que me presentara inmediatamente.

—Beltrán vaya a ver qué es lo que ha ocurrido en La Providencia y en la Campa de Torres, arregle lo que pueda y tráigame un informe del estado en la que se quedan las baterías.

Obedecí las órdenes marchando apresuradamente a los lugares indicados.

En primer lugar revisé las piezas de la Campa de Torres comprobando que se encontraban en buen estado. En cuanto a la que había estallado en La providencia me fue imposible averiguar si fue un fallo de la misma pieza o una mala manipulación de la misma, teniendo en cuenta el destrozo que había sufrido al estallar.

Redacté un informe por escrito y se lo entregué al comandante el cual me dio las gracias, yo creo que algo sorprendido porque no estaba acostumbrado a este tipo de respuestas tan claras y rápidas. En aquellos días había mucho desorden y había algunos que se tomaban las cosas con muy poca seriedad.

El llamado frente de Gijón quedó al fin roto y la ciudad completamente en poder del Gobierno de la República a mediados de agosto con la toma de los cuarteles, proporcionando este hecho un refuerzo masivo para marchar contra Oviedo.

El frente de Oviedo

Según los milicianos, Oviedo se encontraba tomado por la traición del coronel Aranda, a quien se tenía por republicano y masón, muy bien relacionado con los funcionarios civiles de la izquierda republicana. Cuando el 18 de julio los trabajadores pidieron la distribución de las armas, el coronel contemporizó con ellos y cooperó con las autoridades del Frente Popular armando trenes llenos de mineros con los fusiles y dinamita que habían ocultado desde octubre de 1934, con la única intención de quitárselos de en medio y engañándolos los envió a Castilla, una vez conseguido esto el coronel Aranda se sublevó uniéndose al ejército de Franco.

El cerco de Oviedo estaba bastante nutrido de milicianos procedentes muchos de ellos de la cuenca minera, una gran parte de los cuales habían participado en la revolución de octubre de 1934.

Los mandos políticos y militares de las fuerzas atacantes a Oviedo eran los Campa, Javier Bueno (director del Socialista), Belarmino Tomás y algunos diputados socialistas de Mieres.

En el frente la situación era la siguiente: Loa milicianos ocupaban los sitios más estratégicos como el Monte Naranco, que domina la ciudad, San Pedro de los Arcos, La Candellada, La Majoya, Abuli, Colloto, San Esteban de las Cruces, Lugones y Trubia con la fábrica de cañones.

Saltaba a la vista que la ciudad de Oviedo, con la fábrica de armas, sin el Monte Naranco y sin la fábrica de cañones de Trubia, se encontraba en una situación precaria, pese al indudable heroísmo de sus defensores.

La artillería atacante estaba constituida por una batería del 15,5 en Sograndio, 2 baterías de obuses del 10,5 en san Esteban de las Cruces, 2 baterías de 7,5 en el Monte Naranco y una batería de 7,5 en Colloto. En total 6 baterías.

Los sitiados estaban en franca inferioridad artillera pues disponían solo de una batería ligera.

Yo temía la llegada a esta situación, por un lado estaba mi obligación, que como ya he dicho anteriormente como militar me debía a la República, y por el otro es que tenía que enfrentarme a mis amigos y compañeros, quizá fuera el responsable de la muerte de alguno de ellos, mi mente se atormentaba con estos pensamientos, era fácil entender que esta guerra fratricida entre familias y amigos traería estas consecuencias por toda España.

El mando republicano estaba carente de militares profesionales. Como dato anecdótico se puede mencionar el del verdadero héroe popular llamado "Capitán Juanelo", que actuó en la zona de Abuli, el cual pretendía ganar la guerra con solo dos cosas: el cañón y la arenga.

Me ordenaron revisar las distintas baterías para evitar sucesos como el de Gijón, y estando en la zona de Abuli observé al "Capitán Juanelo" hacer alguna de sus proezas.

Desoyendo mis consejos el cañón lo colocó a solo 30 metros de la contraria, ya que según él, cuanto más cerca estaba más destrozos hacía, después se encaramó a un árbol a parecida distancia conminando a los rebeldes a dejar las armas y venir a comer buenas "fabes".

Milagrosamente salió ileso de la aventura dialéctica hasta que un día cayó acribillado como un pajarito del árbol. Le enterraron en Laviana de donde era un bravo guardia municipal.

La fábrica de cañones de Trubia conservaba toda su Plana Mayor, constituida por el Coronel Director, un teniente coronel y varios capitanes, pero todos ellos más bien en funciones de ingenieros. Fue en esta fábrica donde más tarde decidieron que debería ser mi destino por el momento.

Me alegré de la decisión que tomaron con respecto a mi nuevo destino, no por miedo a estar en el frente, no, no era por eso, mi miedo era

porque en Oviedo estaban mis amigos a los cuales me veía obligado a enfrentarme, y también por otras razones muy distintas que más adelante se irán viendo.

Los obreros de la fábrica hicieron causa común con los milicianos y la fabricación decayó sensiblemente.

El pueblo de Trubia ya lo conocía por haber estado allí varias veces. A pocos metros de la fábrica, frente al río Nalón se encontraba un gran edificio de viviendas que llamaban "La Casona" en el mismo vivía junto con su familia un compañero y amigo de la fábrica de armas de Oviedo llamado Pedro.

En cuanto tuve tiempo libre me fui a la casa de mi amigo, llamé a la puerta y me abrió su hermana Carmina. He de decir que entre nosotros existía algo más que una buena amistad, siempre nos habíamos sentido atraídos el uno hacia el otro.

— ¡Manuel!—gritó Carmina al mismo tiempo que me abrazaba—Entra por favor.

Saludé a su madre y noté en las dos mujeres, como era de entender, una mezcla de alegría, de sorpresa y preocupación al mismo tiempo.

—No sabes la alegría que supone para nosotras volver a verte ¿Sabes algo de Pedro?— Carmina me preguntó por su hermano con la preocupación reflejada en su rostro.

Pedro era mi compañero de promoción en la Fábrica de Armas de Oviedo. No tenía intención de decirles que había participado en el cerco de Oviedo. Ellas quizá no lo entenderían.

—No—les dije- yo vengo de Gijón donde he estado todo este tiempo desde que comenzó el levantamiento. Ahora estoy destinado aquí, en la fábrica de cañones.

—Desde que empezó todo esta pesadilla no sabemos nada de Pedro. Las únicas noticias que tenemos es que el coronel Aranda no deja salir a ningún militar de Oviedo.

—No me extraña, se ha puesto del lado de los rebeldes.

— ¡Dios Santo!—exclamó la madre angustiada—no sé cómo acabará todo esto, Pedro admiraba mucho al coronel Aranda y estoy convencida que le seguirá con todas las consecuencias.

Este pensamiento lo compartía yo también porque conocía a Pedro tan bien como para saber cuál sería su reacción ante los acontecimientos

—Siéntate Manuel y toma un café con nosotras mientras hablamos de todo esto—Carmina me indicó una silla mientras se dirigía hacia la cocina a preparar los cafés.

La madre se sentó frente a mí.

— ¿Cuándo crees que se acabará todo esto?—la pregunta estaba llena de angustia.

—Es impredecible—era lo único que se me ocurría decir para no asustar más de lo que ya estaba la buena mujer.

¿Sabes alguna forma de contactar con Pedro?

—En estos momentos es bastante complicado—yo empezaba sentirme incomodo por no poder dar una respuesta a las preguntas de la mujer—pero no hay que desesperar, seguro que se nos presentará alguna que otra ocasión. Hay que tener esperanza, la distancia no es tan grande.

Carmina trajo los cafés y a partir de ese momento las preguntas iban más bien dirigidas sobre mis experiencias en el tiempo que llevábamos de contienda.

Yo les conté las experiencias vividas por mí desde que comenzó la guerra.

No me encontraba a gusto hablando de este tema con las dos mujeres, así que decidí marcharme camino de la fábrica.

Carmina decidió acompañarme, estuvimos paseando por la carretera que iba paralela al río.

¿Qué piensas hacer tú? ¿Has tomado alguna decisión?---me preguntó ella.

—Respecto a qué.

—A este absurdo enfrentamiento.

—Me debo a la República, a pesar del comportamiento tan poco ejemplar por parte de alguno de los milicianos, no todos actúan así, yo seguiré con mi compromiso con el Gobierno de la República.

¿Tan mal se portan los milicianos?

—Sí, son indisciplinados, pocos respetuosos con los mandos, no se andan con miramientos con cualquier sospechoso de apoyar a los rebeldes, por lo cual comenten injusticias, te repito que no todos actúan así, son los menos, el problema es que los que dominan a la mayoría son los más radicales, así va a ser difícil ganar la guerra.

— ¿Qué crees tú que va a ocurrir con Oviedo?—Carmina mostraba su preocupación al hacer esta pregunta.

—Es una más de las varias capitales de provincia en poder de los rebeldes. No me gusta tener que participar en la conquista de la ciudad, la lucha se ha vuelto fratricida, tenemos en el bando contrario tanto a familiares como amigos. Si disparas al frente ¿cómo saber que lo haces a una persona a la quieres?

Me encontraba a gusto hablando con ella y decidí volver para acompañarla, después de un corto paseo nos fuimos acercando a su casa, de vez en cuando girábamos la cabeza para poder mirarnos a los ojos. En ellos se reflejaban lo que sentíamos el uno por el otro. Los últimos metros lo hicimos cogidos de la mano.

—Si me es posible vendré a verte todas las tardes, mi deseo es estar aquí el mayor tiempo posible pero no depende de mí—dije a modo de despedida.

Dos días más tarde, se presentó en casa de Carmina un amigo de la familia que había conseguido salir de Oviedo. Comunicó a las dos mujeres que el teniente Pedro apoyaba al coronel Aranda y que estaban preparando la defensa de la ciudad.

—También me ha dicho que tal y como está la situación a mi hermano le es imposible venir y que nosotras corremos un serio peligro, si los milicianos se enteran que él está de parte de los rebeldes pueden tomar represalias. Están matando a mucha gente por menos motivos.

Estas palabras no hacía falta que me las anunciara Carmina, yo sabía ya el peligro que corrían si los milicianos se enteraban de la situación de su hermano.

— ¿Qué hacemos?—preguntó asustada la madre de Carmina.

Yo me quedé pensativo y por un momento se me ocurrió una idea que podía ser la solución, aunque no exenta de riesgos. Pero mayor riesgo era quedarse en Trubia con la situación en la que se encontraban ambas mujeres.

—Pedro me dijo en una ocasión que tenéis familia en Burgos.

—Sí, allí vive mi hermana.

—En estos momentos estaréis más seguras en Burgos que aquí, esa ciudad está en poder de los sublevados y según se vallan sucediendo los acontecimientos se podrá saber dónde estará vuestra seguridad, de momento aquí no.

Ese mismo día procuré informarme de la situación en Burgos y qué había ocurrido en los días previos a la insurrección.

En Burgos quien comandaba la región militar era el general Batet, el cual era republicano. Este general sospechaba de todos empezando por Mola y el resto de los oficiales. Batet hizo detener al general González de Lara y lo envió a Madrid para que le aplicaran la sanción disciplinaria correspondiente, pero al llegar a Guadalajara, la Milicia Popular lo sacó del tren y lo fusilaron allí mismo. El general Dávila declaró el estado de guerra en Burgos el día 19 de julio a las dos de la madrugada en presencia de los funcionarios civiles que habían sido convocados con este propósito. Declaró que el ejército se sublevaba para salvar a la República y la mayoría de los presentes no dudaron de su palabra (pura mentira). El general Batet fue detenido y más tarde ejecutado.

En todas partes se aplicaban las mismas traiciones y engaños, en Burgos había pasado algo parecido a lo ocurrido en Oviedo, donde el coronel Aranda engañó a los milicianos para quitárselos de en medio.

Tal y como veníamos haciendo desde algunos días atrás, Carmina y yo salíamos a pasear por la orilla del río Nalón, íbamos cogidos de la mano, entre nosotros, como ya he dicho anteriormente, había algo más que una simple amistad, siempre nos habíamos sentido atraídos el uno hacia el otro, aunque nunca lo exteriorizáramos.

—Estoy muy preocupada con las noticias que nos han traído de Oviedo, no sé cómo vamos a resolver esto—dijo Carmina.

—Por vuestra propia seguridad insisto que lo mejor para ti y tu madre es que os marchéis a Burgos. Tengo un primo en Teverga que posee un taxi. Trataré de hablar con él.

Habíamos llegado a una zona en la que los árboles y la vegetación era algo más frondoso.

—Lo siento sobre todo por mi madre—me dijo compungida y con lágrimas en los ojos.

Yo la abracé tratando de consolarla.

—No te preocupes que todo se va a solucionar. Déjalo de mi cuenta. Mañana me pondré en contacto con mi primo y buscaremos la forma para que marchéis a Burgos—no quise preocuparla más con la incertidumbre que también a mí me embargaba por no saber cómo acabará todo esto.

Miré sus húmedos ojos color de miel, nuestras caras estaban muy juntas y rocé mis labios en los suyos, ella me abrazó fuerte y el beso fue mucho más largo y apasionado.

—Si nos hemos de separar, te voy a echar mucho de menos—me dijo ella sin disimular la preocupación por todo lo que estaba aconteciendo al mismo tiempo que acariciaba mí cara.

En aquellos momentos, con el cielo turbado de truenos lejanos, me encontré con el instante esperado y soñado durante mucho tiempo, gocé, por decirlo así, de un sentimiento de amor auténtico. Era un sentimiento verdadero, un derretimiento, un discurrir y deshacerse de mí sed que llenaba todos los vacíos uno a uno. Por unos instantes me sentí lejos de la

realidad. Me podría sentir contento, pero no, algo en mí interior me decía que todo aquello era demasiado fácil y gozoso para que pudiera ser disfrutado. Estaban ocurriendo demasiadas y terribles cosas como para sentirme tranquilo y dichoso. Por eso no decía nada, cuando en aquellos momentos debería expresar mis sentimientos hacia ella acumulados durante mucho tiempo.

Carmina sentía que mi silencio cubría a lo mejor millones de palabras no pronunciadas, esperaba un sinfín de ellas. Yo callaba.

La emoción se había apoderado de mí, no solo era eso, también el miedo a perderla. Ahora me dominaba una mezcla de amor y temor por ella. Se ama una abstracción, el sentimiento propio, la reducción de una persona a símbolo, a emblema.

La tormenta estaba ya encima de nosotros y empezaban a caer gotas al mismo tiempo que se levantaba un fuerte viento, por lo que decidimos regresar a su casa, ella ya se encontraba más tranquila y relajada.

Al día siguiente me personé ante el Coronel de la fábrica y le pedí permiso y un vehículo para ir a visitar a una tía de Teverga que estaba muy enferma, me lo concedió no sin antes hacerme una serie de advertencias.

En Teverga localicé a mi primo por casualidad, pues en ocasiones se unía a los milicianos en la vigilancia y control por las carreteras de la zona.

Cuando le conté lo que pretendía me dijo que eso era una locura. Le hice ver lo importante que era para mí esa familia, a la cual, él también conocía.

—Lo que me estás pidiendo es una auténtica locura y tú también lo sabes.

—No se trata de que lo hagas solo por mí, hazlo por ellas. He de decirte que entre Carmina y yo existe algo más que una simple amistad, si no las ayudamos estarán corriendo un serio peligro.

A pesar del aprieto en que le estaba poniendo, mi primo no pudo contener una sonrisa. Al final le convencí, aunque no de muy buen grado. Yo entendía que la operación tenía un gran riesgo para él y las dos mujeres, pero era peor quedarse en Trubia esperando no se sabe qué.